

Escancie

El dragón

Arturo Aguilar Hernández

A Lía

Hacía tanto frío en aquella noche que el vapor que salía de su boca podía tocarse. Trataba de avanzar, pero sus piernas no respondían. Temblaba y vibraba, al principio pensó que era por lo gélido del clima, pero la realidad era que tenía mucho miedo, tanto como para estremecerse. Sentía cómo los ojos de los presentes en derredor se clavaban en su cuerpo cual agujas puntiagudas, veía cómo los ojos de las personas se hacían más y más grandes, sentía cómo la devoraban y sus nervios se elevaron aún más. Estuvo a punto de soltar su espada, quitarse la armadura, bajar del caballo y tirar su escudo.

De entre las gradas quizás, de entre la oscuridad, de entre la tierra salió una mano que firme, fuerte y protegida también con armadura, se posó en su hombro y le transfirió confianza y valentía. Cerró los ojos, suspiró, respiró lento y poco a poco los abrió con las palabras de su padre en la mente. Cuando vio otra vez a la bestia poderosa, brutal, escandalosa y despiadada seguía sintiendo temor, pero también daba pasos hacia adelante. No fue necesario que su padre que iba detrás de ella hablara, solo se vieron a los ojos y continuaron caminando. Habían hablado antes, los dos se habían confesado la aversión fiera que tenían a un animal de ese tamaño, fama y poder. Ella era muy pequeña, su papá era grande; sin embargo, su miedo era aún más grande, así se lo confesó él, pero por eso mismo concluyó que tenían que ir. Le preguntó a ella si quería y sacudiendo fuerte la cabeza dijo que no, pero al final se atrevió a luchar.

Al principio iban sonrientes y gallardos, sabían que la gesta sería difícil, pero sentían confianza suficiente como para salir airados, luego pasó el leve titubeo del que ella se repuso y pocos segundos después estaba frente al monstruo. A los lados todo mundo los veía, los enfocaba y los murmullos se hacían más y más sonoros. Subió primero él y sintió cómo el dragón se irritaba, sintió su fuerza y poderío, sintió su helado corazón que de momento estaba tranquilo. Aprovechando eso, rápidamente se acomodó y ella se puso a un lado de él sujetando con firmeza las riendas. Podían sentir la vibración, el dominio, la respiración del que reposaba y esperaba la señal para volar y derribar a los que osaban desafiarlo.

Su entrada en acción fue notoria. Lleno de cólera, gruñendo y chillando empezó primero sacudiéndose para adelante y atrás como un toro cebú intentando quitarse al jinete, después

comenzaron embestidas violentas para adelante y para atrás. Lanzaba atronadores rugidos que la asustaban y hacían gritar, él la sujetaba y trataba de hacer que situara su mente en otro lugar para que no se cayera porque mientras más fuerza y vuelo tomaba la indomable criatura más sentía cómo la gravedad dejaba de funcionar y cómo sus cuerpos se despegaban del animal a pesar de que lo tenían bien sujeto.

Él no lo confesaba, pero también tenía miedo y una parte suya gritaba sobre el arrepentimiento que sentía por haberse atrevido a esa gesta, pero no podía hacer nada puesto que la altura era ya bastante y en cada aleteo sentía caerse. Todos gritaban y los veían elevarse vez tras vez, unos ponían sus manos en las bocas e imploraban a una fuerza divina que no pasara nada. Ella estaba asustada, pero cuando su padre comenzó a hablarle y a prometerle que todo estaría bien y que bajarían sanos y salvos, se calmó y como si hubiera bebido valentía, cambió su mirada y soltó a su papá que tenía sujeto con firmeza para tomar las riendas y dirigir la bestia a su antojo.

Habían cambiado los dos: ya no gritaban ni temblaban a pesar de que más de una vez pareció que caían, ya no pedían bajarse, parecían incluso disfrutar del viaje. El dragón poco a poco iba perdiendo fuerza y disminuía también la velocidad. Los arrebatos primarios fueron cediendo paso a una calma que anticipaba la caída y la victoria de ellos. Ella desenvainó su espada y la alzó en señal triunfadora. Abrazó a su papá, le dio un beso en el cachete y lo felicitó por también enfrentar y vencer lo que temía. Al lado suyo estaba un hombre que les quitó las riendas y las protecciones invitándolos a bajar. Se quitaron el escudo imaginario, la espada imaginaria, la armadura imaginaria, bajaron del escalonado caballo imaginario, su imaginaria proeza medieval había terminado. Él pagó y ella corrió a con su mamá emocionada, cándida y aún extasiada porque había logrado vencer el pavor que tenía a ese juego mecánico.